

Sección a cargo de Guillermo Fernández

Sandro Penna

Un poco de fiebre

Desde algunos días lo aquejaba un poco de fiebre. Incluso estaba seguro de que se trataba de una afección tubercular. Sabía que pronto moriría. Pero debía ir a que lo rasuraran y cortaran el cabello. Desde luego, había comprendido que hasta quien sabe que va a morir no puede escapar a las cosas de todos. Los pensamientos que provoca semejante estado de ánimo, son muy distintos de los de cualquier otro; pero, a fin de cuentas, se termina con ir igualmente a la peluquería. Todo se hace con la lenta angustia que subyace en el fondo, pero lo más triste es darse cuenta de que no es posible hacer sino las cosas de siempre.

Conque fue a la peluquería. Barba y cabello. Ya era inútil ahorrarse una lira haciéndolo él mismo. Por lo demás, había presentido el placer de quedarse allí un buen rato. (Cuando no estaba enfermo, aquello le parecía un suplicio).

El mocetón que había comenzado a jugar con las tijeras sobre su cabeza, era un tipo muy vulgar. Rosado, casi rojo; cara ancha, casi redonda; carnosos, casi gordos. Guapo aún, por ser todavía joven. Pero mucho mejor que el propietario. Sucio, de barba entrecana, oliendo a puro y a sudor; tal vez tenía las manos húmedas y frías, para pasarlas sobre un rostro. Sin embargo a él se le pagaba, a él se sometía el mocetón.

A este punto de sus observaciones, el enfermo vio entrar en la peluquería, ágil pero silencioso e inadvertido, a un muchachito de doce o trece años. Nadie se fijó en él. De modo que, luego de haber entrado, pudo recargarse contra una pared y mirar distraídamente. El enfermo comprendió al instante que le gustaría demorarse allí mucho tiempo. A él, que ya iba a morir, le estaba permitido dedicar toda su atención a un chiquillo. El cual parecía levitar en aquella atmósfera de cosméticos, ausente o leve, con sus ojos verdes que no miraban "realmente" caer al suelo los cabellos del enfermo.

Sus pantaloncitos no tenían ninguna forma ni color. Los tenía sujetos a la cintura tal vez con un mecate. Ya sin ningún botón, desde luego. Portaba una camiseta de un blanco incierto. En fin, un muchachito pobre como tantos otros: pero el enfermo estaba embelesado viendo aquella encantada expresión, sin saber si los labios del chiquillo se hallaban cerrados o entreabiertos. De vez en cuando aquel encanto se veía roto por alguna orden del patrón: "agarra la escoba; enciende el gas; barre, muchacho". Y él obedecía como un ángel prisionero de los mercaderes. Sin altivez, sin disgusto; simplemente obedecía. Pero de inmediato adoptaba de nuevo aquella actitud, que al enfermo le parecía tan misteriosa. No sonreía nunca y su rostro hallábase inmerso en un flujo de idéntica y leve dulzura. Probablemente pensaba en sus compañeros, en las orillas del río, en las zambullidas y en los

reposos bajo el candente sol. Tal vez pensaba en la pobre madre, en el padre muerto, en la necesidad de ganar cinco liras al día. Pero esto no le resultaba desagradable ni doloroso, eran cosas extrañas para él. No así los compañeros, las zambullidas en el agua. Todo esto lo llevaba dulcemente en las entrañas.

En cierto momento, el chiquillo recibió un breve pero seco regaño. El enfermo no supo por qué. Hubiera dado una buena propina por saberlo. Y dos para librar al muchacho del regaño. Pero el chiquillo lo remedió todo dirigiéndose aprisa hacia la trastienda, le llevó algo al patrón, y se restableció la calma. Volvió a recargarse en la pared, sin sombra alguna en sus ojos verdes, con los labios túrgidos ni abiertos ni cerrados, y sus mejillas se inclinaban dulcemente hacia el cuello grácil y arrogante.

¿Qué significaban para él las miradas del pobre enfermo? Oh, ciertamente las había notado desde un principio, pero hubiera sido imposible saber cómo las había tomado. Quién sabe si aquel muchacho hubiera sido capaz de reacciones sociales. Ruborizarse por timidez. Devolverle la mirada con ironía viril, como defensa. Pero no; él estaba allí como un ausente. Sería cosa de verlo entre sus compañeros, a orillas del río. Acaso en su elemento natural. Pero habría sido algo incluso más rupestre. Mejor ese desarraigo suyo en la peluquería.

Cuando el enfermo tuvo que salir, esperó mucho los cincuenta centavos del cambio, que el patrón no podía completar. Este se los pidió prestados al chiquillo, que, luego de dárselos, los vio de nuevo en su misma mano. Dicha operación lo maravilló finalmente, y por fin el enfermo logró que le dirigiera una mirada, pero interrogante. Una mirada luminosa y tranquila, distante, sin ningún "gracias" ni humildad; una mirada que acabó, pues, por hacer que naufragara cualquier intento psicológico del pobre enfermo.

Pero esa misma tarde la fiebre había desaparecido. Él mismo se rió de sus funestas aprensiones. Pensó que había sido una tontería haber puesto de manifiesto aquellos afanes. Al día siguiente, al pasar otra vez frente a la peluquería y mirar a aquel muchachillo como tantos otros, sucio y elemental, comprendió que, después de todo, la fiebre puede ser muy útil para escribir poesía.

Uno de los aspectos esenciales de la singularidad de la obra poética de Sandro Penna consiste probablemente en el hecho de que es muy difícil, incluso imposible o veleidoso, intentar reconstruir en ella una historia interior, que pretenda poner en claro la evolución o los eventuales desarrollos de su poesía. Los libros mismos de Penna constituyen, en el sentido real de la palabra, *selecciones* de versos. Por tal motivo Cesare Garboli, en el agudo posfacio que aparece en *Stranezze*, los ha comparado a las muestras de los pintores, los cuales, periódicamente, recogen el fruto de su trabajo y lo exponen ante un público. Penna siempre fue fiel a su propio estilo, con muy pocas oscilaciones de estilo, desde sus primeros poemas hasta los últimos, cuya curva resultó realmente mínima. Como si desde un principio poseyera cabalmente el "secreto" de la poesía propia, como si ya conociese, espontánea y perfectamente, sus recursos y límites. Sabemos que él se rehusó, una y otra vez, a proporcionar una formulación o justificación teórica. Pero su voz se presentó desde un principio con una absoluta pureza de timbre, con una clásica sencillez de canto. De tal modo halló, desde luego, una caracterización precisa y una fisonomía en verdad reconocible como pocas. La brevedad de sus estrofas, la cantabilidad a veces provocatoria y siempre dulce de sus versos, la constante recurrencia al tema erótico, que hizo de sus poemas el *canzoniere* de amor más original e intenso del siglo XX italiano, se opusieron decididamente a los términos corrientes de la poesía de su tiempo, cercana en sus comienzos a las experiencias del hermetismo, ante el cual, sucesivamente, mantuvo una distancia cada vez más grande. En Penna llama poderosamente la atención su indiferencia a las problemáticas formales que se presentaron en el curso de varios decenios, frente a las cuales su voz mantuvo la naturalidad de la inspiración y la originalidad sin muletas.

En la primavera de 1973 apareció un libro insólito en la bibliografía de Penna, un libro de prosas y relatos intitulado *Un po' di febbre*. Como él mismo anotó en una advertencia con que concluye dicho volumen, éste contiene "relatos y hojitas dispersas", que los amigos, desde mucho tiempo atrás, le habían pedido reunir y publicar en libro. Prosas escritas, en su mayoría, entre 1939 y 1941, aparecidas en parte en diarios y revistas. En los mejores textos de este libro, Penna nos presenta, en prosa, la gracia y la limpidez de su poesía, respecto de la cual logra, en vista de la diversidad del medio disponible, extenderse mayormente en detalles y matices de una realidad que en aquéllos sólo estaba deliberadamente trazada, bosquejada, en una aparición más rápida y huidiza. Pasolini, gran admirador de la poesía penniana, escribió cierta vez acerca

de esta obra: "Es muy difícil hablar de *Un poco de fiebre* como de un libro: esto es un jirón de tiempo recuperado. Es algo material. Un delicadísimo material hecho de lugares citadinos con asfalto y hierba, encalados de casas pobres, apartamentos con muebles modestos, cuerpos de muchachos con sus ropas castas, ojos ardientes de inocente pureza, total desinterés de Penna por todo lo que sucedía fuera de esta existencia popular".

Sandro Penna nació en Perusa el 12 de junio de 1906; murió en Roma el 23 de enero de 1977. Δ



Guillermo Fernández. Poeta y traductor. Es autor de, entre otros títulos, *La palabra a solas*, *La hora y el sitio* y *Bajo llave*. Ha traducido más de 50 libros del italiano, sobre todo de poesía.